

“Auras Rojas”

Solitario

A la Redacción de RENOVACIÓN,
San José, Costa Rica.

CARLOS DEL BARZO—LÍRICA, XI-1912

Era una noche cálida y suave, una de esas noches primaverales de los trópicos, en que la naturaleza parece renovarse, con un estremecimiento de gérmenes y tallos haciendo que los capullos de las flores se abran, embelleciendo y perfumando con un dulce hálito embriagante y voluptuoso, que hace a la imaginación volar en alas de la fantasía.

Se daba una retreta en el viejo paseo. Las rejas abiertas ofrecían la esplendidez de sus blancas estatuas y el aroma floral de sus jardines.

Allí, Napoleón Sorelo, el soñador ansioso de victorias sobre los hombres y las cosas, el magnificador de ensueños, meditaba. Con los párpados entornados por un misterio nebuloso, bajo la línea serena de sus cejas, dejaba ver un gesto de secreta hostilidad, contra la alegre concurrencia que invadía el paseo, interrumpiendo el delirio juvenil que hacía sus noches de voluptuosidad y ensueño, donde su alma inquieta acariciaba la visión tentadora. Era el recuerdo de la mujer deliciosa que había cruzado en su camino,—aquella tarde, cuando su verbo rebelde explos onaba—como una aparición, llena de encantos, de armonías desconocidas, de sensaciones perversas.

Fué en una plaza apartada, cuando los obreros en huelga se arremolinaban al rededor del monumento, desde cuyas gradas, Sorelo, hacía vibrar sus apóstrofes tremendos contra los acaparadores de la riqueza social, haciendo ver a los trabajadores, que son los creadores de un bienestar que no disfrutan, que apareció ella, como un desafío, en medio de la turba andrajosa, reclinada en una victoria que arrastraban hermosos caballos.

Los períodos fogosos de Sorelo hacían brotar como un rugido frenético y salvaje en medio de la tempestad de aplausos. Era que sus palabras penetraban en el fondo de esas almas, convulsionándolas como la tempestad cuando agita las masas enormes del océano.

La curiosidad, un arrebatado de histerismo quizá, la hizo detener el carruaje en medio de la multitud, que se arremolinó, elevándose un gran rumor de gritos e injurias, contra la insolente burguesa que, pálida, temblorosa, ante tantos ojos chispeantes y amenazadores, dirigió sus miradas implorantes hacia el orador.

Sorelo, halagado por la presencia de la

hermosa mujer y, convencido de poderla salvar del peligro inminente que corría, extendió las manos hacia la multitud y ordenó enfáticamente:

— ¡Deteneos! Bueno es que los burgueses arrastren su soberbia y el oro, que detentan inicuamente, y, vengan a oír los gritos de nuestros rencores, avivados por los recuerdos sangrientos que los mártires del pueblo nos legaron!

Una salva de aplausos confirmó que la situación estaba dominada.

Y, Sorelo, creciendo a ese triunfo de su palabra siempre fácil, siguió su discurso, con voz dulce y vibrante, violento a veces, lleno de amarga ternura otras, pero siempre elocuente.

Al descender de las gradas del monumento entre los aplausos delirantes de la multitud, la hermosa burguesa tenía las mejillas inundadas de lágrimas. Hizo llamar con su cochero al orador, y, después de felicitarlo ante el estupor de los trabajadores, le entregó su bolsón lleno de libras.

—Esto, señor, para el fondo de la huelga.

Sorelo se dirigió a la multitud mostrándoles el dinero:

—La señora, en un grito de su alma a la fraternidad y la concordia, da este dinero para la huelga; prueba con este arranque de su sentimentalidad que la materia que forma a proletarios y burgueses es idéntica, y que así como la muerte los iguala a todos, también debe igualarnos en la vida la fraternidad y la armonía.

Entregó el dinero al tesorero de la huelga entre los aplausos de la multitud.

Ella, estrechando su mano, al despedirse, le puso una tarjeta con su dirección y le dijo mirándolo con la inmensa dulzura de sus bellos ojos:

—Hasta mañana; lo espero a las dos.

Y fué allí en el elegante paseo que muestra la ringleras de sus chalets suntuosos, divididos por la amplia avenida que corta en dos el alineado jardinillo de exóticos follajes en cuyo centro se eleva la estatua del afortunado navegante que tropezara con un mundo en el viaje de visión y de aventura, donde dirigió sus pasos el agitador, lleno de emoción, curiosidad y angustia.

Era un hermoso chalet que elevaba al cielo dos torrecillas minúsculas y alegres y mostraba a la avenida sus grandes ventanales, detrás de los que se veían cortinas elegantes; una entrada con rejas que mostraba el jardincillo, que esparcía por la suntuosa residencia la frescura y el perfume de sus jazmines y claveles...